



Domingo XXIV Tiempo Ordinario

Ciclo A

17 de septiembre de 2023

- Apertura de la Semana del Migrante y del Refugiado.
(Subsidio elaborado por la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral)

I NOTAS EXEGÉTICAS

Eclo (27,30–28,9)

Recuerda los mandamientos, y no te enojas con tu prójimo

Llamado al perdón y a la misericordia para con el prójimo. El odio y el enojo a los cuales el pecador se aferra contrastan con el espíritu de los mandamientos, lo cual nos lleva a pensar en lo que debemos hacer en el ámbito personal y comunitario. No solo se trata de hacer el bien y evitar el mal —en un sentido estrecho de simple observancia, llevando cuentas cortas de los actos—, sino que va más allá: «Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me visitaron» (Mt 25, 35-36).

El enojo con el prójimo no siempre obedece a que este dijo o hizo algo contra alguien, sino a que es visto con la lente de los prejuicios de todo tipo, que se concretan en actitudes de rechazo, recelo e indiferencia y que no pocas veces desembocan en actos de odio y de venganza, desconociendo que todos compartimos la misma condición de pecadores. De ahí que el Eclesiástico urja al lector para que perdone y tenga compasión.





Sal 102,1-2.3-4.9-10.11-12

Él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura

Una preciosa acción de gracias a la misericordia de Dios, estructurada en un cántico del amor y del perdón y un cántico del amor y de la fragilidad, porque la acción divina y el modo de comportarse de Dios tienen dimensiones e intensidad insuperables, que contrastan con la prontitud de los seres humanos para el enojo y la venganza pese a que «*en él vivimos, nos movemos y existimos... “porque somos también de su linaje”*» (cf. Hch 17, 28). ¡Dios es Padre lleno de ternura!

Rm 14, 7-9

Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo

Lo único importante en la vida del cristiano es el Señor... El Apóstol contempla a la comunidad cristiana en la única actitud donde todas las diferencias y todos los prejuicios quedan superados: de rodillas ante el Señor confesando su nombre¹, subordinados todos a la insuperable ley del amor.

En el horizonte de nuestra vida está el Señor, que se hace presente permanentemente entre nosotros, no solo con la providencia —que nos sustenta, nos mantiene y es fuente de nuestra alegría—, en la salud, en el bienestar que podemos gozar (en la cotidianidad y en la convivencia), sino en las personas *al margen de la sociedad*, en rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo².

¹ Cf. Biblia del peregrino, comentario a la cita bíblica.

² Puebla n. 31





Mt 18,21-35

¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?

Última parte del discurso final de Jesús en el Evangelio de Mateo, cuya enseñanza se centra en la comunidad (sermón eclesial). Pedro, a quien previamente se le ha conferido el rol de atar y de desatar (cf. Mt 16, 13-20) y es por ello *corresponsable de la comunidad del Mesías*, plantea a Jesús la pregunta sobre la reconciliación de las relaciones rotas, estropeadas; él está dispuesto a perdonar generosamente «hasta siete veces» a quien le ha ofendido. Sin embargo, «siete veces» aún es limitado. Jesús rompe ese límite y lo explica con la *parábola del rey bueno y el siervo despiadado*, para mostrarle *lo paradójica, lo grande, lo desproporcionada que es la misericordia de Dios*. Ya no solo se trata de cantidad sino de calidad: perdonar de corazón. Este es el perdón que Dios nos ofrece, el perdón que Dios espera que ofrezcamos a otros³. El perdón es un acto salvador, propio de la naturaleza de Jesús; en consecuencia, es un acto propio de quienes fuimos hechos a su imagen y semejanza.

³ Cf. Oñoro, Fidel “Setenta veces siete”. *Lectio* de Mateo 18,21-19,1





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- **Se nos ha perdonado una deuda**

Desde nuestro bautismo Dios nos ha perdonado, perdonándonos una deuda insoluta: el pecado original. [...] con una misericordia sin límites, Él nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento. Dios es así: misericordioso. [...] Cualquiera que haya experimentado la alegría, la paz y la libertad interior que viene al ser perdonado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez.

En la oración del Padre Nuestro Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mateo 6, 12). El perdón de Dios es la seña de su desbordante amor por cada uno de nosotros; es el amor que nos deja libres de alejarnos, como el hijo pródigo, pero que espera cada día nuestro retorno; es el amor audaz del pastor por la oveja perdida; es la ternura que acoge a cada pecador que llama a su puerta. El Padre celestial —nuestro Padre— está lleno, está lleno de amor que quiere ofrecernos, pero no puede hacerlo si cerramos nuestro corazón al amor por los otros.

La Virgen María nos ayuda a ser cada vez más conscientes de la gratuidad y de la grandeza del perdón recibido de Dios, para convertirnos en misericordiosos como Él, Padre bueno, pausado en la ira y grande en el amor⁴.

- **La misericordia exiliada del corazón nos hace como el siervo malvado**

Los hombres de la parábola (el rey, el siervo y su compañero) se quebrantaron por la súplica y por la miseria propia y ajena. Del mismo modo, el Señor Jesús, que se dejó quebrantar por cada persona a la que curó, nos impulsa a dejarnos quebrantar por quien está *al margen de la sociedad*, en especial el migrante y el refugiado, que de algún modo ya tiene una deuda con todos en cualquier lugar al

⁴ Ángelus, 17 septiembre de 2017





que llega, porque no tiene con qué pagarles el bien que reciba, y el único abono que puede aportar es seguir viviendo y continuar el camino con su cruz.

El enojo, el recelo, el temor, la inconformidad, los prejuicios y, desde luego, el dolor del propio sufrimiento pueden llevarnos a un estado de muerte en vida, que nos enceguece y nos aísla, que nos limita y nos paraliza, hasta el extremo de hacernos incapaces de reconocer la misericordia de Dios con nosotros y de mirar con misericordia a otras personas, particularmente aquellas que se ven obligadas a huir de su entorno —donde tienen el sustento, la vida y la cultura— *a causa de las persecuciones, las guerras, los fenómenos atmosféricos, la miseria, la pobreza, el miedo, la desesperación, entre otras muchas cosas*⁵.

El punto de partida para sabernos perdonados y permitir que la misericordia de Dios Padre transforme nuestros corazones es abrir los sentidos ante el sufrimiento y la miseria que no queremos percibir, con el propósito de que *se nos muevan las entrañas* y nos descubramos como hermanos y hermanas que comparten la misma condición (esclavos, migrantes, refugiados, desposeídos, descartados, maltratados, abusados...), así se aflojará y empapará la tierra para que brote la semilla de esperanza plantada en nosotros y podamos *dar el primer paso*, como la primera comunidad cristiana, que siguió la pauta del joven con los cinco panes y los dos peces, de modo que «Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno» (Hch 2,44-45).

⁵ Cf. nota 1





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

En el vigesimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario, nos congregamos para participar del gran banquete del amor y celebrar la presencia de Cristo en nosotros, que nos invita a ser signos de vida comunitaria, misericordiosa y fraterna. Esta celebración eucarística da apertura a la Semana del Migrante y del Refugiado, que tendrá ocasión a partir de hoy y culminará el 24 de septiembre con la centésimo novena *Jornada Mundial del Migrante y Refugiado*.

Bajo el lema propuesto por el Santo Padre: **«Libres de elegir si migrar o quedarse»**, el Señor nos llama a sensibilizarnos y revestirnos de solidaridad ante el sufrimiento de las personas que padecen el dolor de escapar de su tierra, para orar por ellas, acogerlas y ofrecerles un refugio seguro, de modo que, dondequiera que vayan, reciban la acogida y el cuidado fraterno que son signo del amor de Dios Padre.

Monición a las lecturas

La Palabra de hoy nos muestra el rostro infinitamente compasivo y misericordioso del Señor y nos invita a hacer el camino que nos lleva a la perfección. El Evangelio, desde la mirada de los discípulos de Jesús, nos recuerda la tarea de asumir el perdón desde la disposición del corazón, y nos invita a no dejarnos engañar por las razones del mundo, que muchas veces disfraza lo malo haciéndolo pasar como bueno y justo. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente

Con la certeza de que Dios Padre mira con misericordia infinita a todos sus hijos, escucha sus clamores y se conmueve vivamente con su fragilidad, dirijámosle nuestra oración confiada.

R/. Escucha, Señor, nuestra oración.

1. Por el papa Francisco, los ministros ordenados, los miembros de la vida consagrada y los animadores de la evangelización, para que reciban del Espíritu Santo los dones y carismas que les permitan acompañar y cuidar con corazón compasivo al pueblo de Dios herido, frágil y vulnerable, particularmente a nuestros migrantes y refugiados. Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes, para que, asistidos por la gracia del Espíritu, salgan siempre al encuentro de sus pueblos, los acompañen en su camino y, con su liderazgo y gestión, contribuyan eficazmente a transformar las realidades adversas, como la migración forzada, que son fruto de la carrera de armamentos, el colonialismo económico, la usurpación de los recursos ajenos, la devastación de nuestra casa común. Roguemos al Señor.
3. Por los hermanos obligados al exilio y a buscar refugio fuera de su país, para que, acompañados por las comunidades en las que transitan, reciban hospitalidad en su camino y lleguen sanos y salvos a su destino. Que la gracia de Dios los consuele y avive su esperanza para que puedan continuar sus trayectos de vida. Roguemos al Señor.
4. Por todas las familias, de modo especial las que viven la migración forzada y han tenido que separarse de sus seres queridos, dejar sus viviendas, despojarse de sus bienes y de su tierra, para que el Señor les dé la fortaleza y la audacia que necesitan en la construcción de su presente y les permita mantener sus vínculos desde la experiencia profunda del amor. Roguemos al Señor.
5. Por la Semana del Migrante y del Refugiado, para que, como hermanos, logremos ser sensibles a sus realidades, podamos acogerlos desde el amor y el cuidado, oremos constantemente por sus vidas y por las acciones a desarrollar durante esta semana, y podamos ser signo de esperanza desde nuestras acciones solidarias con ellos. Roguemos al Señor.





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

6. Por todos los que estamos aquí reunidos en esta celebración eucarística, para que abramos nuestro corazón y nuestras puertas a la hospitalidad para con los más pobres y sufrientes de las periferias existenciales. Roguemos al Señor.

Presidente

Dios, Padre bondadoso, acoge las súplicas de tus hijos y haz de nosotros un pueblo que asume y transforma su realidad con la fuerza del amor misericordioso, que no discrimina ni excluye, sino que sale al encuentro, acoge, abraza, cuida y acompaña. Por Jesucristo, nuestro Señor.





Se sugiere concluir la celebración de apertura de la Semana del migrante con la siguiente oración:

Oración del Migrante

Virgen María:
migrante, refugiada,
desplazada, exiliada
con el Niño y con José,
¡acompañanos en el camino!
¡ven, marcha con nosotros!
¡cambia nuestra tristeza en alegría!

Venimos de lejos,
hicimos del camino
nuestra casa sin techo;
traemos los pies encallecidos,
el corazón lleno de recuerdos;
mientras caminamos cantamos melodías,
con lágrimas y anhelos de mejores días.

Al entrar en sus ciudades, les pedimos
defender nuestros derechos.
Somos de la familia humana,
de la casa que Dios nos dio a todos;
somos caminantes de la esperanza.
Caminemos juntos hacia el nosotros,
que la casa crezca para que entremos todos,
que aprendamos a vivir juntos en armonía y paz.





Gracias, pueblo de hermanos,
por abrirnos las puertas:
alaba al Señor el corazón fraterno
y la tierra compartida;
alaba al Señor acoger al migrante
y proteger al refugiado,
alaba al Señor promover al extranjero
e integrar al desplazado.

Virgen María:
migrante, refugiada,
desplazada, exiliada
con el Niño y con José,
¡acompañanos en el camino!
¡ven, marcha con nosotros!
¡cambia nuestra tristeza en alegría!

Amén.





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Acto de Solidaridad

Antes de culminar la celebración eucarística,
se invita a todos los sacerdotes a motivar en la contribución de la
Gran Colecta Comunitaria con las personas migrantes y refugiadas,
que se llevará a cabo el **domingo 24 de septiembre** como cierre de la semana.

